



Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 10 DE MAYO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA EL LEGADO DE UNA MATERNIDAD DE FE EN JESUCRISTO 2ª TIMOTEO 1:3-5

Hermanos y hermanas, hoy no venimos a tejer cuentos de hadas con finales felices prefabricados. La vida de una madre no es un comercial de televisión, sino un camino de fe, marcado por noches sin dormir, decisiones duras y una confianza en Dios que resiste tormentas. El apóstol Pablo, encadenado en una prisión romana, escribe con el corazón en la mano a su hijo en la fe, Timoteo. "Doy gracias a Dios... trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice".

El "Día de las Madres" en México se instauró el 10 de mayo de 1922. Esa fecha fue promovida por el periodista Rafael Alducin Bedoya, director del periódico Excelsior, quien el 13 de abril de ese año lanzó una convocatoria pública para dedicar un día anual a honrar a las madres mexicanas. El presidente Álvaro Obregón apoyó esa iniciativa, e incluso celebró a su esposa, sin embargo, no hubo un decreto formal en ese momento. Fue hasta la presidencia Miguel Alemán Valdés que se avaló oficialmente la celebración del 10 de mayo en todo el país, con la inauguración del monumento a la Madre en la Ciudad de México en 1949, realizado por el escultor Ignacio Asúnsolo.

Imaginemos la escena: Pablo garabatea estas líneas alrededor del año 67 d.c., sabiendo que su ejecución está cerca. Esta breve sección no es un tratado teológico grandioso, sino un desahogo personal dentro de una carta de aliento a Timoteo, un joven líder perseguido. Comienza con gratitud

constante: "sin cesar", recuerda Pablo a Timoteo en sus oraciones nocturnas, pasa a un anhelo profundo de verse cara a cara para llenarse de gozo, y aterriza en el verso clave: la fe auténtica que primero arraigó en la abuela Loida y la madre Eunice, y ahora florece en Timoteo.

Este texto se ubica en Listra, una ciudad turca helenizada donde el cristianismo era una minoría vulnerable. Eunice, judía casada con un griego no creyente en Cristo, y su madre Loida, viuda probablemente, criaron a Timoteo en medio de apedreamientos. Recuerden que Pablo mismo fue dado por muerto allí (Hechos 14:19), y presiones romanas contra la fe. Enseñaron las Escrituras "desde la niñez" (2 Timoteo 3:15), no en templos lujosos, sino en una casa humilde, enfrentando el riesgo de ostracismo familiar y social. La palabra "no fingida" (anypokritos) en griego, corta como un bisturí: esta fe no es máscara, sino raíz profunda en suelo árido.

LA MATERNIDAD COMO DISCIPULADO

Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, la maternidad no se reduce a biología ni a sentimiento, sino que se entrecruza con el ministerio de la Palabra y la formación de discípulos. La mujer cristiana, en el verso¹⁵ y en otros textos, se entiende como alguien que "será salva criando hijos en la fe", es decir, participando en la transmisión de una identidad nueva en Cristo. Eunice y Loida no son autoridades teológicas formales, pero son las primeras

maestras de Timoteo: su voz, sus oraciones, sus ejemplos, sus decisiones moldean la visión de Dios, la ética y la vocación de su hijo y nieto. La maternidad es la gran escuela del discipulado.

LA MATERNIDAD COMO LEGADO BÍBLICO

Pablo reconoce que la fe “no fingida” de Timoteo moró primero en su abuela Loida y en su madre Eunice. Ese hogar es, en realidad, la primera iglesia de Timoteo: Loida y Eunice enseñan las Escrituras “desde pequeño”, integran oración, doctrina y principios éticos, y hacen que la Palabra deje de ser texto lejano para volverse mandato cotidiano. Su legado bíblico no es escribir textos, sino demostrar que la Biblia se transmite primero en el lenguaje del cuidado, la disciplina y la coherencia entre lo que se cree y lo que se vive. En este sentido, Loida y Eunice encarnan una verdad que atraviesa toda la Escritura: la alianza de Dios se anuda en familias, en conversaciones nocturnas, en decisiones que dicen “no” a la cultura dominante y “sí” a la obediencia a Jesús. Su hogar se convierte en un lugar donde la historia de la salvación se vuelve historia familiar, donde el nombre de Dios se repite no solo en el templo, sino en la mesa, en la cama y en la escuela.

LA MATERNIDAD COMO LEGADO ÉTICO

Éticamente, el ejemplo de Loida y Eunice señala que la maternidad cristiana no es un destino romántico, sino una responsabilidad moral y una forma de servicio. En un contexto donde la familia se fragmenta, donde la crianza se vuelve funcional o mecánica, ellas representan una opción: criar sabiendo que se está formando a un ciudadano de otro reino, a un posible ministro de Cristo. Esa ética doméstica y espiritual les obliga a escoger la fe sobre el conformismo, el cuidado sobre la indiferencia, la disciplina sobre la permisividad.

Además, su legado ético rompe con la idea de que la maternidad es “privada” o solo íntima. La manera en que Loida y Eunice educan a Timoteo tiene consecuencias públicas: su hijo se convierte en colaborador clave de Pablo y en pastor de la iglesia de Éfeso, lo que muestra que la ética doméstica se convierte en ética eclesial y misionera. En lugar de

encerrar la maternidad entre cuatro paredes, su historia nos recuerda que la forma en que se ama se corrige y se enseña en casa repercute en la vida de la comunidad, en la misión de la iglesia y, en último término, en el avance del Evangelio.

Loida y Eunice son dos mujeres que se convierten en la columna vertebral de una vocación y de una iglesia. Su legado, a parte de sus propias vidas sirviendo en su comunidad, también se transmite a un joven que, al llegar a la juventud y adultez, puede decir con la boca de Pablo: “me acuerdo de tu fe sincera”. Ese recuerdo es teológico, bíblico, pastoral y ético a la vez: habla de una tradición fiel, de una práctica de fe constante, de una labor pastoral doméstica y de una responsabilidad moral que se ejerce a veces sin muchos escaparates, pero cuya huella se ve en la vida de otros.

Su legado nos invita a mirar con seriedad a las madres y abuelas como portadoras de tradición, guardianas de la Palabra, y pastoras de la fe; y a reconocer que la formación de líderes cristianos viene, muchas veces, de un hogar donde una Loida y una Eunice, con “fe no fingida”, decidieron que la vida de su hijo o hija y de su nieto o nieta estuvieran atravesadas por el Evangelio.

LA MATERNIDAD COMO UN LEGADO DE FE

Pablo dice que Timoteo tiene una “fe sincera” que primero habitó en su abuela Loida y en su madre Eunice. La palabra clave es “no fingida”: su fe no es teórica ni decorativa; se ve en la forma en que oran, leen las Escrituras, corrigen, perseveran y confían aunque el contexto sea difícil. Ese tipo de fe no se transmite solo con palabras, sino con la coherencia entre lo que se dice y lo que se vive; por eso el legado espiritual de Loida y Eunice es, en primer lugar, una fidelidad visible, una continuidad entre la confesión y la práctica. Más allá de su contexto cultural (Loida y Eunice judías, en un hogar mixto con un padre griego), su fe se mantiene como una constante interior y una decisión pública, lo que enseña que la profundidad espiritual no depende solo de un entorno ideal, sino de la fidelidad a Dios en medio de la ambigüedad.

LA MATERNIDAD COMO LEGADO ESPIRITUAL

Espiritualmente, el mayor legado de Loida y Eunice es que la fe no se hereda automáticamente, pero sí puede ser transmitida. Ellas saben que Timoteo no nació con la fe, pero también saben que pueden ser canales de esa gracia: le enseñan las Escrituras desde pequeño, le ofrecen modelos de oración, le presentan una comunidad de creyentes y le permiten ver que vivir para Dios tiene costos y alegrías. Su labor espiritual es silenciosa, pero determinante: Timoteo no solo escucha el Evangelio en un sermón, sino que lo respira de dos mujeres. En este sentido, su legado es espiritualmente intergeneracional: Eunice recibe la fe de Loida y luego la pasa a Timoteo, quien a su vez la ampliará junto a Pablo en la iglesia. Esa cadena de fe es un repertorio teológico que muestra cómo la obra de Dios se sostiene en redes de relaciones, no solo en grandes eventos o instituciones.

Loida y Eunice aparecen como mentoras espirituales de Timoteo: no solo le dan afecto, sino dirección, principios y convicciones. Su legado espiritual incluye el valor de la disciplina piadosa, la práctica constante de la Palabra, la oración regular y la lealtad a la comunidad, elementos que luego se reflejan en su carácter pastoral y en su ministerio. En un tiempo donde la identidad cristiana se fragmenta, ellas nos enseñan que la formación espiritual se construye en el día a día: en la conversación, en la corrección, en el juego y en la celebración de la gracia. Además, su legado espiritual invita a pensar en las madres y abuelas como depositarias de la tradición de la fe, no solo como cuidadoras materiales. Su presencia es un recordatorio de que la iglesia depende de esas "primeras pastoras" que, desde la intimidad del hogar, plantan en otros las raíces de una vida entregada a Cristo.

LA MATERNIDAD COMO UN LEGADO QUE NOS COMPROMETE

Recuerdo que hace algunos años conocí a Gregoria López Tapia, una madre cristiana que vivía en Iztapalapa. Viuda a los 35, con tres hijos adolescentes en un barrio donde la violencia era el

pan de cada día. Gregoria perdió a su esposo en un asalto. En vez de amargarse, se ciñó cada mañana con oración, como Pablo en su celda, encaminaba a sus hijos a la escuela, se iba a su trabajo en una fábrica y regresaba a preparar comida, organizar la casa y la vida de sus hijos. Enseñaba la Biblia a sus hijos en su diminuta salita, pese a las burlas de algunos de sus vecinos. Uno de sus hijos llegó a ser uno de los líderes juveniles de su iglesia. Él solía decir: "La fe de mi mamá me salvó de la calle". Gregoria participa con un grupo que visita prisiones para orar con madres encarceladas, empatizando con su dolor porque ella misma lloró noches enteras preguntando "¿Por qué, Dios?". Su lealtad no es heroísmo de película, sino valor cotidiano: rechazó una oferta de "ayuda" ilícita para mantener la integridad familiar, y se convirtió en mentora a otras madres solas en el grupo de apoyo de su iglesia, que como ella dice, se convirtió en su real familia.

Hermanos y hermanas, en el contexto que vivimos hoy la maternidad cristiana se vuelve un acto de resistencia y de esperanza. Las madres y abuelas no solo "crían niños y niñas", sino que filtran creencias, discernen mensajes de la cultura, sostienen la oración familiar, corren con el peso emocional y organizacional de la casa. En estas circunstancias, la maternidad no es romantizada, pero sí tomada en serio como espacio de formación de la fe. Si lo hacen acompañadas de sus esposos y compañeros de vida, que caminan juntos compartiendo la misma fe y el mismo compromiso de formar pareja y familias en el amor de Jesucristo, de sus enseñanzas y del fruto de su Espíritu, entonces habrá un sentido de avance, de dicha y alegría, porque en la buenas y en las malas no hay abandonos sino vida y compromiso compartido en amor.

Para la iglesia, esto significa, crear espacios donde madres y abuelas puedan compartir sus historias de vida, de fe, así como sus luchas, recibiendo apoyo real de su iglesia. Incluir su experiencia en la formación de la juventud, de los líderes y de los equipos de discipulado, porque ellas han sido, muchas veces, las primeras preceptoras de la fe. Redefinir la noción de ministerio de manera que la maternidad no quede fuera, sino integrada como

un modo específico de ser “obreras juntas en el evangelio”. En la línea de Loida y Eunice, la maternidad cristiana deja de ser un escaparate romántico y se convierte en un testimonio de fe: una forma firme, constante y a veces dolorosa de preparar a las próximas generaciones para servir al Señor, tal como Timoteo fue preparado para servir en la iglesia de Éfeso.

Honremos a nuestras madres con hechos: círculos de oración nocturna para madres que están luchando, despensas para familias en crisis, y mentorías intergeneracionales. Jóvenes, sirvan sin esperar aplausos. Iglesia, seamos el gozo que Pablo anhelaba, multiplicando la fe "no fingida" en tiempos duros. Madres, Dios ve su lucha y la bendecirá con frutos de amor, de paz y alegría. Damos gracias a Dios por las madres que ya no están con nosotros físicamente, pero sus obras con nosotros siguen. Damos gracias al Señor por las madres no biológicas, pero que han amado, orado, cuidado y formado a quienes se convirtieron en sus hijos e hijas y fueron bendecidos con su servicio de amor. Oremos: Señor, como Eunice y Loida, fortalece la vida y la fe de nuestras madres. Haznos tu cuerpo que las abraza en todo tiempo.

Amén.

Iglesia Bautista Shalom
Av. San Jerónimo 137
San Ángel.
CDMX
T. 55 5616 7732

